

**GREGORIO LURI**

**EL CIELO  
PROMETIDO**



**UNA MUJER  
AL SERVICIO  
DE STALIN**

**La historia de la  
familia Mercader**

*Ariel*

Gregorio Luri

# El cielo prometido

Una mujer al servicio de Stalin

*Ariel*

Primera edición: abril de 2016  
Primera edición en esta presentación: marzo de 2023

© 2016, Gregorio Luri Medrano

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3608-4  
Depósito legal: B. 3.172-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## Índice

INTRODUCCIÓN. <i>Treinta años no es nada</i> . . . . .	13
CAPÍTULO 1. ... y después de esto... . . . . .	15
CAPÍTULO 2. ¡Hay que vivir! . . . . .	55
CAPÍTULO 3. Todas las esperanzas nos están permitidas . . . . .	89
CAPÍTULO 4. «Cuando encontré la verdad, entré en ella con pasión carnal» . . . . .	141
CAPÍTULO 5. Un grito infinitamente largo . . . . .	191
CAPÍTULO 6. Busca entre quienes han sido perjudicados . . . . .	287
CAPÍTULO 7. Si alguna vez fui un delincuente... . . . .	337
CAPÍTULO 8. «C'est moi qui l'ai fait!». . . . .	409
CAPÍTULO 9. Los Mercader, punto y seguido. . . . .	485
<i>Notas</i> . . . . .	515

<i>Agradecimientos</i> . . . . .	525
<i>Glosario de personajes</i> . . . . .	529
<i>Lista de archivos consultados</i> . . . . .	537
<i>Bibliografía</i> . . . . .	539

## Capítulo 1

### ... y después de esto...

#### 1

Este libro comenzó a gestarse cuando, en la Navidad de 1992, Luis Mercader lo puso en marcha sin que yo fuera consciente de lo que estaba pasando. Había viajado con mi mujer y mis dos hijos a Pamplona para pasar las Navidades con los abuelos y cantar el «Olentzero joan zaigu». Como es lógico fuimos a visitar a mi hermana, que vivía entonces en la calle Río Urrobi, en La Milagrosa, un barrio construido un poco caóticamente al que aún no habían comenzado a llegar las familias latinoamericanas que hoy tanto han cambiado su fisonomía. En aquel momento es probable que los únicos extranjeros del barrio fueran Luis y Galina, los rusos que vivían encima del piso de mi hermana.

Yo, que en aquellas fechas comenzaba una efímera carrera de guionista de cómics, había publicado con dibujos de mi amigo Jaume Marzal un álbum sobre la historia de Barcelona que tuvo cierto éxito gracias a las Olimpiadas. Por supuesto le había enviado un ejemplar a mi hermana, y cuando fui a visitarla aquella Navidad, me dijo que se lo había prestado a su vecino ruso y que le había gustado tanto que quería conocerme. No entendía muy bien lo que estaba pasando hasta que descubrí que el vecino, aunque procedía de la Unión Soviética, había nacido en Barcelona.

Se presentó como Luis.

Era un hombre afable, con cierta elegancia en sus formas, sus movimientos un poco lentos y su hablar pausado, modulado por un acento grave y ligeramente exótico. Alto, serio, casi calvo, austero. Mucho tiempo después me sorprendería el gran parecido que presentaba con el marido de su madre. Lo acompañaba su mujer, Galina, que estaba encantada con el capitalismo.

—¿Luis qué? —le pregunté.

—Mercader —contestó.

Una cierta incomodidad que creí encontrar en él al pronunciar su apellido me despertó la sospecha.

—¿Algo que ver con Ramón Mercader? —le volví a preguntar.

—Era mi hermano.

Era evidente que quería hablar conmigo, pero no precisamente de su familia. Me dijo que había trabajado en la Unión Soviética en sistemas de comunicaciones con satélites, y que llegó a ser un miembro muy relevante del sindicato de científicos. Acababa de llegar a Pamplona, contratado por la Universidad Pública de Navarra como profesor de telecomunicaciones. Comimos jamón, bebimos vino de San Martín de Unx y hablamos de las Olimpiadas y de la historia de Barcelona mientras yo me mordía la lengua para no importunarlos con las preguntas que realmente me interesaban. Cuando me dijo que aún no conocían bien la ciudad y que no habían tenido tiempo de hacer amigos, me ofrecí inmediatamente para guiarlos por la ruta de los bares de pinchos de la parte vieja.

A la mañana siguiente nos encontramos delante del ayuntamiento y comenzamos nuestro recorrido en el Urricelqui, que se encontraba en la calle Jarauta, cerca del Oreja, que aún resiste viendo pasar el tiempo. Tenía la esperanza de que, poco a poco, Luis y Galina fueran bajando la guardia. Estaba impaciente por saber cosas sobre Ramón; sin embargo, ellos insistían en resaltar las virtudes del capitalismo.

—Lo mejor del capitalismo es lo que vosotros no veis —Luis parecía empeñado en hacerme abrir los ojos sobre la realidad de mi mundo—: que al entrar en una tienda puedes elegir lo que no quieres comprar. Esto para nosotros es una experiencia a la que aún tenemos que acostumbrarnos. No es fácil que te hagas una idea de hasta qué punto es importante.

Efectivamente, me costaba entender lo que me quería decir. Sobre la mesa, el *Diario de Navarra* mostraba la cartelera de espectáculos, donde Macaulay Culkin invitaba a ver *Sólo en casa 2*.

—¿Y la confianza que hay aquí entre la gente? —remarcó Galina—. Me acaban de pintar el piso y los pintores se han despedido diciendo que ya pasarán a cobrar otro día. ¿Como pueden estar tan seguros de que les voy a pagar?

Según me aseguró mi hermana, a Galina le gustaba cambiar el color de su piso con frecuencia. Parecía disfrutar re-decorando su vivienda.

Estaban como encandilados con el fulgor del capitalismo, así que di por supuesto que acababan de llegar de la Unión Soviética. No obstante, según ellos mismos me contaron más tarde, Luis llevaba viviendo en España desde octubre de 1978. Llegó a Barcelona poco después de la muerte de su hermano Ramón, lleno de esperanzas, pero la realidad que se encontró fue bastante decepcionante. Ni en el PSUC —el Partido Comunista catalán— halló la ayuda que había esperado encontrar ni su trabajo en una empresa de Badalona, Antenas Tagra, le satisfizo.

—Cuando abandoné la Unión Soviética en las universidades ya no quedaban, y esto te lo puedo asegurar, ni profesores ni estudiantes que creyeran sinceramente en el comunismo o en los gobernantes del país. Pero ¿quién se podía imaginar que faltaban once años para el derrumbe del Muro de Berlín?

Del Urricelqui pasamos a otros bares que ahora me resulta imposible recordar, y a aquella mañana le sucedie-

ron las siguientes, de forma que dispuse de varios días para ir ganándome el derecho a las confidencias. Sí creo recordar que aquella fue una Navidad de cielos azules y de un sol tibio que permitía pasear despacio.

En el Marrano, en la calle San Nicolás, alrededor de una tortilla de anchoas y algún clarete navarro, Luis Mercader me contó que vino a España porque había descubierto que una persona de su competencia profesional podía aspirar legítimamente a una vida mejor que la que llevaba con su familia en la Unión Soviética. En 1973 era dirigente sindical de la Facultad de Radiocomunicación y Radiodifusión de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación, en Moscú, pero a pesar de su posición, tenía que compartir su piso con dos familias más. Las pugnas eran constantes porque cada familia sospechaba que las otras consumían su energía eléctrica. Como entre sus prerrogativas estaba la de viajar al extranjero, compró dos plazas para un crucero alrededor de Europa en un barco soviético que hacía escala en Londres y en Le Havre. Pero no consiguió que las autoridades les permitiesen viajar a los dos a la vez. Si querían salir al extranjero, debían hacerlo por turnos. Uno de los dos tenía que quedarse en Moscú. Decidieron que en aquella ocasión viajara Galina quien, al regreso, le dijo: «Ahora comprendo por qué no nos dejan visitar el mundo capitalista. Hacen muy bien; si nos dejaran, nos alzaríamos en armas contra nuestros gobernantes».

La primera vez que Luis salió al extranjero estuvo unos pocos días en Zúrich. Un taxi lo llevó del aeropuerto al hotel, en el centro. Esperaba encontrarse con escenas de miseria por las calles de aquella ciudad capitalista, pero lo que vio lo confundió. «¿Por dónde viven los obreros?», le preguntó al taxista, quien señaló con la mano los edificios que estaban viendo y le contestó: «¡Por aquí!». Luis tardó en comprender lo que le quería decir. En 1976 consiguió que los autorizasen a visitar a sus hermanos en París, porque su madre acababa de morir. Permanecieron en la ciudad dos

meses. Cuando regresaron, no pensaban más que en vivir en Europa occidental. La decisión firme de instalarse en Barcelona la tomaron en enero de 1977. Para conseguir los permisos necesarios, Luis tuvo que empezar por renunciar oficialmente a la ciudadanía soviética y a la militancia en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Tras contarme todo esto, de improviso, comenzó a hablarme de su madre, Caridad Mercader. Era perfectamente consciente que eso era lo que yo había estado buscando, y me imagino que en aquel momento consideró que me había ganado su confianza. Me sorprendió mucho el tono que empleó. Mientras Galina, a su lado, asentía con la cabeza, Luis abandonó sus modales habituales, adquirió una pose más seria, acercó un poco su cabeza a la mía y comenzó a describirme a una mujer de un poder inmenso, una mujer notable, muy fuerte, pero a la que era evidente que no quería mucho.

Me habló de su relación con Beria, de cómo consiguió viajar a México y logró sacar a Ramón de la cárcel. Yo estaba entonces muy lejos de conocer los detalles biográficos de esta familia y asistí a aquella confesión imprevista sin comprender muy bien las implicaciones de todo lo que estaba oyendo. Es ahora cuando tengo las preguntas que entonces me faltaban.

—¡Una mujer terrible, terrible! —exclamó al concluir su relato.

Lamentablemente estaba abriendo las puertas de los secretos de la familia a un ignorante. ¿Qué no daría ahora por recuperar aquella oportunidad? Sólo comencé a comprender la dimensión dramática de lo que me contaba cuando la víspera de nuestro regreso a Barcelona pasé a despedirme del matrimonio y Luis me regaló el libro que había escrito, *Ramón Mercader, mi hermano*.

A aquella lectura le sucedieron otras de manera bastante desordenada y pausada, pero poco a poco fui haciéndome una idea esquemática de la importancia de la familia Mercader. Entonces el único afán que me movía era una

curiosidad que hoy definiría como superficial y que sólo comenzó a tomar cuerpo mientras leía, ¡quince años después del encuentro con Luis Mercader!, el libro de Javier Juárez *Patria. Una española en el KGB*, que es una afortunada biografía de la fascinante espía soviética África de las Heras. El descubrimiento de que una ceutí que parecía destinada a ser la esposa de un militar español se había convertido en una de las agentes de inteligencia más condecoradas de la historia de la Unión Soviética, y que estaba relacionada con el asesinato de Trotsky, me abrió una nueva perspectiva sobre las consecuencias de nuestra guerra civil que me resultaba muy atractiva. No tardé en situar junto a los nombres de Caridad Mercader y de África de las Heras el de una mujer nacida en Agramunt, en Lérida, Carmen Brufau Civit, y el de la novia de Ramón, Lena Imbert. Poco a poco se iban congregando los protagonistas de esta historia.

El 7 de octubre de 2012 visité en un pueblecito de la Cerdeña francesa, Err, a un sobrino de Carmen Brufau, Mariano, a quien había conseguido localizar por la guía telefónica francesa. Aquél fue, sin duda, el punto de inflexión que me empujó a pasar de la lectura a la escritura. Salí de Err con anécdotas, documentos, cartas, fotografías y una dirección de un correo electrónico en Moscú que la generosidad de Mariano había puesto a mi disposición. Inmediatamente se puso en marcha de manera sistemática la investigación que dio origen a este libro.

Cuando les contaba a mis amigos lo que estaba haciendo, su reacción habitual era preguntarme por lo que esperaba hallar. Pero yo sólo disponía de una curiosidad creciente que se iba desplegando en un frente cada vez más amplio, como las ramas de un árbol, a lo largo del siglo xx. Como no tenía prisa, con frecuencia he elegido perderme, plenamente consciente de lo que hacía, y adentrarme por rutas secundarias que me llevaban aparentemente lejos de mi camino principal, pero debo añadir que más de una vez ha sido en estas rutas secundarias donde he hallado datos que desde el

camino principal no se divisaban. Como pasa en la vida, a veces hay que perderse para encontrarse con lo inesperado. Ahora bien, fatalmente, tomase la ruta que tomase, todas, al final, desembocaban de una u otra manera en la familia Mercader. Hice así dos descubrimientos importantes: que la curiosidad siempre recompensa, especialmente al que no tiene prisa; y que la verdad no siempre es la recompensa de la curiosidad.

## 2

A lo largo de mi investigación me he sentido frecuentemente como si estuviera ascendiendo una montaña de una altura desconocida y cuya cima estaba envuelta en nubes. A medida que caminaba, más información iba acumulando, pero para juzgar sobre su valor, me era imprescindible disponer de lo que no tenía: de una visión clara del conjunto.

La historia no se parece mucho a Veritas, aquella Ciudad de la Verdad, imaginada por James Morrow, cuyos ciudadanos sólo y exclusivamente pueden decir la verdad, de manera que todos son transparentes entre sí. En la vida real, la verdad suele ser algo a administrar de acuerdo con determinados intereses, y no siempre resulta más beneficioso decir una verdad que una mentira. A su vez, quienes registran las acciones de los hombres en todos esos documentos que encontramos en bibliotecas y archivos están muy lejos de ser personas exclusivamente interesadas por la verdad. ¿Y qué podemos decir de los que intentamos escribir relatos sobre la vida real a partir de los documentos o la memoria conservada de la misma? Benito Jerónimo Feijoo dejó escrito que «el miedo, la esperanza, el amor, el odio, son cuatro vientos fuertes que no dejan parar en el punto de la verdad la pluma». <sup>1</sup> Ciertamente, un mínimo de honestidad intelectual te obliga a no inventarte nada; sin embargo, en cuestiones históricas una cosa es no decir mentiras y otra es decir toda la verdad.

Según una historia popular de India, los príncipes de un reino, cuando les llegaba la hora de ocupar el trono, tenían que hacer un viaje en busca de la Verdad. Partían con el único consejo de ir preguntando a la gente. A veces se encontraban con alguien que creía recordar que alguien había oído algo en un determinado lugar, y cuando llegaban a ese sitio les decían que, en efecto, hacía mucho tiempo la Verdad pasó casualmente por allí, pero que se había marchado en esta o aquella dirección. La Verdad no tenía residencia fija. Pasaban las semanas, los meses y aun los años, y sólo los príncipes obstinados seguían con la empresa. Quien resistía lo suficiente, acababa encontrándola donde menos se lo esperaba, por ejemplo, en el fondo de una cueva a la que había entrado a descansar, o en un recodo solitario de un camino. Se trataba, siempre, de una anciana muy fea, vestida con harapos que no alcanzaban a cubrir sus pústulas. «¿Qué es lo que buscas?», preguntaba la anciana. «Busco a la Verdad», contestaba el príncipe. «Ya la has encontrado», le decía la vieja, que, a continuación, para convencerlo, le daba pruebas concluyentes de su conocimiento verídico de todas las cosas. Al despedirse, el príncipe le preguntaba si tenía algún mensaje que quisiera transmitir a los hombres. «Diles que soy joven y hermosa», contestaba ella. Así, en aquel tiempo en que se buscaba en la Verdad lo que en los tiempos modernos se busca en la historia, los príncipes se doctoraban en Ciencias Políticas. Hoy, para juzgar la verdad de los hechos disponemos inevitablemente de perspectivas históricas que, en nuestro caso, son las del poscomunismo. Juzgarán de manera diferente las convicciones de un comunista quienes aún defiendan la necesidad de la utopía para descubrir el hilo rojo de la esperanza en la historia y quienes estén convencidos de que toda utopía es una inmoralidad. Yo, desde luego, no puedo prescindir de las palabras de Luis Mercader a la hora de hablar de su madre.

Boccaccio cuenta en *El Decamerón* otra historia de la verdad. La titula «Los tres anillos» y será recogida por Lessing

en *Nathan el sabio*. Basándose en la tradición medieval sobre debates públicos entre cristianos, judíos y musulmanes, nos presenta a un sultán que convoca a un rico judío para que le aclare cuál de las tres religiones, la judía, la cristiana o la islámica, es la verdadera. El judío responde con una parábola. En una noble familia existía la tradición de que el padre, poco antes de morir, entregara un anillo de oro a aquel de sus hijos que considerara digno de ser su heredero. Esta costumbre se transmitió de manera ininterrumpida hasta que un padre con tres hijos fue incapaz de decidir cuál de ellos era el mejor. Tras darle muchas vueltas al asunto, finalmente optó por hacer dos copias del anillo original y entregarle un anillo a cada hijo por separado. Al principio, cada uno de ellos se creyó el heredero legítimo hasta que se dieron cuenta de lo ocurrido y descubrieron que no había manera de conocer cuál de los tres anillos era el genuino. La moraleja de esta historia es que tampoco hay manera de saber cuál de las tres religiones es la verdadera. Las tres se creen reveladas por Dios, pero no podemos acudir a Dios para que haga de juez en la disputa. Lessing, en su versión, anima a cada hijo a que conserve su anillo con el mayor aprecio, considerándolo como el verdadero.

Al ir reconstruyendo la historia de la familia de una mujer que, como Caridad, se caracterizó por una fe aparentemente sin fisuras en sus ideales comunistas, he entendido bien esta historia de los anillos. Yo no puedo desprenderme de mi fe para adoptar la de Caridad o la de Ramón y comprenderlos tal como se comprendían a sí mismos. Tampoco puedo recurrir a un terreno ideológicamente neutral que haga de juez imparcial entre sus posiciones y las mías y dictar sentencia sobre el anillo original. Ni tan siquiera tengo en mis manos la posibilidad de ignorar todo lo que sé para intentar comenzar sin prejuicios.

Ya que he mencionado a Lessing, no puedo dejarlo atrás sin recordar que era él quien decía que el valor del hombre no reside en la verdad que posee, sino en el esfuer-

zo que ha dedicado a alcanzarla, pues es el mantenimiento de este esfuerzo el que nos hace sentir vivos. «Si Dios, guardando en su mano derecha toda la verdad y en su mano izquierda el deseo ardiente de alcanzarla, me dijera: “¡Elige!”, a riesgo de equivocarme para siempre y por toda la eternidad, yo me inclinaría humildemente hacia su mano izquierda y le diría: “Padre, dadme lo de esta mano; la verdad absoluta sólo te pertenece a ti”.» Me parece que de esto va esa gran novela metafísica titulada *Moby Dick*. Puedo aducir como prueba una referencia de Herman Melville «al joven debilucho que levantó el velo de la terrible diosa en Sais». Se refiere con estas palabras a un poema de Schiller, «La velada estatua de Sais», que describe cómo un joven entró una noche en un templo que guardaba una imagen velada de la Verdad. Se acercó a ella y le quitó el velo. A la mañana siguiente los sacerdotes encontraron en el templo a un joven taciturno, desorientado y abúlico que murió poco después sin revelar su visión de la diosa desnuda.

### 3

Me di cuenta de las complejidades en las que me estaba metiendo cuando un exagente de la KGB me dijo: «No, de eso no te voy a decir nada, porque mi memoria es propiedad del Estado». Los protagonistas de esta historia han muerto, así que para saber sobre ellos me he visto obligado a interrogar a quienes los trataron, que, inevitablemente, sólo conocían una parte de verdad. Más de una vez he descubierto que sobre algunas cuestiones relacionadas con la militancia política de determinadas personas sabía más cosas yo que sus hijos. Es comprensible, porque a ellos sus padres intentaban protegerlos. «Mi padre nunca nos contaba nada de lo que hacía en aquellos viajes que duraban meses. Cuando fui mayor, lo más que llegó a decirme fue que era mejor para mí saber lo menos posible», me soltó en una ocasión el hijo de

un agente español del NKVD, el soviético Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, el antecedente de la KGB. Me movía, pues, entre la parte de la memoria que seguía siendo propiedad privada de cada uno y la parte de esa propiedad privada que había que mantener oculta, bien fuera por amor a la familia o simplemente por pudor, porque ningún comunista de verdad le da demasiada importancia a su individualidad biográfica.

En alguna ocasión, sólo me han revelado una intimidad cuando yo he dado a cambio mi palabra de honor de que no la revelarían.

«Me has hecho un regalo envenenado», le escribí a alguien que me acababa de hacer una confidencia interesantísima. «Quédate tranquilo», le añadí, «sabré guardar silencio.»

Yves Monino, un importante etnolingüista francés, con quien me puse en contacto para consultarle algunas cuestiones sobre las relaciones de Caridad Mercader y su hijo Georges con un grupo de comunistas polacos, me dijo: «Como mi memoria no es “propiedad del Estado” (fórmula que resume de maravillas el ambiente de secreto y de conspiración de la inmensa mayoría de los comunistas que tuvieron que ver con la GPU, el NKVD o la Komintern, o que participaron activamente en la Resistencia, así hayan salido del Partido después), le contaré todo lo que sé, pero ya le dije que ese todo es poco, visto que incluso en las familias los padres eran muy poco locuaces con sus propios hijos, por una mezcla de secretos de Partido y de modestia militante que les impedía alardear. ¡Cuántas veces he oído a mi madre tildar de matamoros a tal o cual militante que había conocido bien y que acababa de publicar unas memorias en las que se atribuía hechos imaginados! ¡Cuántas veces me hablaba mi padre de miembros del primer comité central del PCE del posfranquismo que iban contando sus hazañas en la guerra española! “Fulano era un cobarde que nunca metía un pie en el frente; Mengano, un engreído autoritario que trataba a sus soldados como animales”, etc. Total, que incluso sien-

do ya adulto, al interrogar a mis padres sobre su pasado para sonsacarles respuestas me sentía como un sacamuelas. Entre los dicharacheros comunistas o excomunistas de quienes hay que desconfiar y los callados, no es nada fácil su investigación».

«¡Por favor, no cuentes nada de esto!», me pidió el hijo de una importante figura del comunismo español tras mostrarle la documentación que había conseguido obtener sobre su padre. «¿Por qué quieres que te cuente todo eso, con lo que duele?», me preguntó la hermana de una comunista muerta de tuberculosis en la Unión Soviética. No encontré ninguna pregunta que no pareciera impertinente al enfrentar mi curiosidad a su dolor.

Muchas veces he llamado a puertas que no se abrían porque ya no había nadie viviendo en su interior o porque no supe ganarme la confianza de quienes desde el otro lado me preguntaban qué quería; pero en más de una ocasión me he encontrado también con puertas que se abrían sin que yo fuera consciente de haber llamado. He recibido, por ejemplo, correos electrónicos anónimos desde Estados Unidos que me han permitido resolver enigmas con los que llevaba tiempo luchando, y en mis viajes he topado casualmente con personas que me han prestado una gran ayuda y cuyos hallazgos han sido fundamentales para acabar de perfilar el libro.

Estoy seguro de que Caridad Mercader no abriría de buena gana las puertas de su vida a un extraño que pretendiera inmiscuirse en ella con una moleskine en las manos. Sus reticencias me parecerían, además, perfectamente comprensibles. Caridad alegraría, para justificar su silencio, que en el movimiento obrero no hubo lugar para los individualismos, que lo único importante era la acción colectiva y que para el militante comunista la modestia era un valor tan importante como la entrega, porque toda sobrevaloración de uno mismo acaba empujando a servirse del partido más que a servirlo. La afirmación de que «no había individualismos»

es la que más me han repetido los supervivientes de los años de militancia heroica con los que he podido hablar. El verdadero comunista sabe que pertenece a algo mucho más grande que él mismo. ¿Por qué resaltar, entonces, la individualidad?

«El individuo es un cero. El Partido es el infinito», decía Arthur Koestler en 1940. Efectivamente, el individuo era para el estalinismo un residuo burgués, un lastre que debía ser abandonado en el camino hacia el futuro de promisión. En este sentido, la biografía de un comunista sólo podría ser cabalmente escrita por alguien con un ideario distinto, que crea en el individualismo y que considere que la psicología algo tiene que ver con la fe del revolucionario.

Me ha costado mucho entender lo que significó militar en el Partido Comunista en los años del leninismo y, especialmente, en los años de hierro del estalinismo. Cuando uno se afiliaba, más que recibir un carnet, tiraba lejos la llave de sí mismo. La militancia era una auténtica conversión análoga a la religiosa. Ambas pueden describirse de la misma manera: como la imposición de un giro radical a la propia vida. Para que la conversión sea real debe de ir acompañada de un reconocimiento claro de la propia ignorancia y del deseo ferviente de superarla mediante la entrega absoluta a la causa de la Verdad. Así se sustrae al yo de las tinieblas de la alienación para acogerlo al esplendor del Bien. A partir de ese momento, todo aquello que puede distraer de la meta, o es pecado o es contrarrevolucionario.

«Abandona todo lo que tienes y sígueme», pedía Jesús a sus discípulos. Es exactamente esto lo que le exige el partido a quien solicita el carnet. Por esta misma razón, quien guarda algo de sí para sí mismo se convierte en sospechoso. Cuanto más se le pide al converso, más fácilmente cae éste en la herejía. Y tanto en la Iglesia como en el partido, el pecador, además de mostrar su arrepentimiento, ha de asumir la penitencia. Incluso para entender lo que significaba la desviación ideológica (o la actividad fraccional: en suma, el

pecado) en el estalinismo, es útil remontarse a los tiempos de la Inquisición, porque así como el mismo san Pedro, por mucho que el Espíritu Santo lo inspirase, se veía en considerables apuros ante un tribunal inquisitorial, un hereje comunista, ni aun teniendo a Marx por abogado defensor, tendría asegurada la absolución ante un tribunal estalinista. Todos cuantos han escrito sobre la pérdida de su fe en la ortodoxia, sea política o religiosa, nos revelan también el mismo drama al descubrir que la orientación que venía dando sentido a sus vidas ya no los conduce a donde quisieran ir, eso en el caso hipotético de que supieran realmente adónde ir. Han perdido su valor máspreciado: la completa entrega a su fe y, sobre todo, lo que su fe les retornaba a cambio de esa entrega.

Hoy todos somos ateos en la medida en que el ateísmo es el plural de Dios. Nuestra atención vive, en consonancia con nuestro politeísmo, en la dispersión. Eso no significa que no podamos comprometernos con la defensa de una causa que consideramos noble. Podemos, incluso, dedicarle unas horas semanales y una casilla en nuestra declaración de Hacienda. Pero el militante converso ha pasado a ser una curiosidad antropológica. Ha sido sustituido por el activista, y este último no hace nada que no pueda colgar después en Internet resaltando su protagonismo y esperando conseguir muchos «Me gusta».

El militante —el militante comunista— no sólo era activista. Era, ante todo, un creyente orgánico. Así como el activista sólo encuentra su apetencia entre su causa y su acción, el militante encontraba entre ambas la orientación ideológica, organizadora y disciplinaria del partido, que era el encargado de ajustar en cada momento la causa colectiva y la acción individual. El militante era un activista que entregaba su fidelidad incondicional a la causa de un partido que se entendía a sí mismo como la vanguardia organizada del proletariado. Por el contrario, el motor del activista moderno es principalmente su sentido de la indignación moral tal

como es educada por los medios de comunicación y las redes sociales. Como para manifestarla sólo requiere de una conexión a Internet, puede protestar sin salir de casa. El activista es un radical a tiempo parcial. Su compromiso no le exige una conversión a la verdad de la causa. Nada tiene que ver con la entrega del militante. Para comprobarlo, échese una rápida ojeada al *Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français* dirigido por Jean Maitron, que tan útil me ha sido en mis investigaciones.

Sospecho que el momento en que de una manera clara comienza a tener lugar la sustitución del militante por el activista podría situarse en mayo de 1968. Después de pasar un rato emocionante buscando el mar bajo los adoquines, los estudiantes universitarios volvían a casa de sus padres a cenar y dormir. El proceso culmina con el hundimiento del mito de la clase obrera y la decadencia de los grandes partidos comunistas.

Es cierto que a veces sentimos como una punzada la añoranza de algo desconocido que bien podría ser la fe política; sin embargo, se trata de una punzada pasajera que puede detenernos en nuestro camino durante un tiempo breve, pero que no nos impone una nueva dirección.

Este libro está escrito, rememorando a Brecht, después de esos «tiempos sombríos» de los que nos hemos escapado sin esfuerzo.

#### 4

«... y después de esto...»

Así comienza Jenofonte sus *Helénicas*. Los partidarios de reducir la realidad a un capítulo de la lógica, suponen que con esta frase Jenofonte está remitiendo al lector al final inconcluso de la *Historia de las guerras del Peloponeso* de Tucídides. «... y después de esto...» significaría, entonces: «siguiendo con lo que dice Tucídides...». Quizá tengan razón.

No obstante, yo no descarto que Jenofonte creyera sinceramente que ésta era la manera más honesta de comenzar un libro de historia. Esta ambigüedad del inicio querría, entonces, decir: «...no vayáis a creer que la historia que os voy a contar comienza con la primera palabra de este libro. Todo relato histórico se abre con la ilusión de un inicio, pero es sólo esto, una ilusión. Las causas de los fenómenos históricos son siempre más complejas que nuestras explicaciones causales de los mismos». Todo relato histórico se inicia con una interpretación y debe ser así porque está escrito en el futuro, y todo futuro posee sus propias percepciones del pasado. No sabemos nunca cómo nos interpretará el futuro. Freud anhelaba ser un terapeuta y hoy se le reconoce por su genio literario. La biografía de alguien importante no se acaba nunca porque el futuro siempre le añade significados nuevos. Posiblemente, sólo en las biografías triviales sea posible poner un punto final.

La historia es la ilusión de que aquello que para sus protagonistas resultaba inesperado puede ser narrado como inevitable, pero en realidad el orden de un relato histórico sólo nos pone de manifiesto las ideas del escritor sobre el orden.

El 5 de mayo de 1818 nació Karl Marx. El 22 de abril de 1870, Vladimir Ilich Ulianov, Lenin. El 18 de diciembre de 1878, Stalin, y el 7 de noviembre de 1879, Trotsky. Y, después de esto, nació Caridad Mercader.

En una biografía que escribió para la Tercera Internacional —y la Tercera Internacional era la Iglesia verdadera, la única institución con derecho de propiedad absoluto sobre la Verdad, a la que era inimaginable guardarle secretos—, confiesa que vino al mundo el 29 de marzo de 1896 en San Miguel de Aras, Cantabria, y que recibió en la pila bautismal el nombre de Eustaquia María Caridad del Río Hernández. Pero esta declaración, escrita a mano por Caridad tanto en un borrador como en el redactado definitivo de la biografía, y que, además, lleva su firma, nos presenta

un grave problema ya que en todos sus documentos oficiales consta que nació en Santiago de Cuba, el 28 de marzo de 1892. Me cuesta creer que falsificara la biografía que entregó a la Tercera Internacional. Sería inútil y peligroso..., además de un gesto pequeñoburgués imperdonable.

Así pues, si esta biografía dice la verdad, el resto de sus documentos mienten, comenzando por la partida de bautismo que presentó en la iglesia de Santa Ana de Barcelona el día de su boda, el 12 de diciembre de 1910, y siguiendo por su certificado de matrimonio, pasaportes, visados, etc.

Si nació en 1896, se casaba con catorce años, una edad demasiado temprana. Su marido, Pablo Mercader, había nacido en 1884 y tenía, por lo tanto, veintiséis. Aunque el derecho canónico permitía el matrimonio con una joven de esa edad, no me parece que en el medio burgués al que pertenecían Caridad y Pablo estuviera muy bien visto un enlace semejante, mientras que si se hacía pasar a Caridad por una joven de dieciocho años, sería perfectamente respetable. Las fotos que conservamos de ella durante el primer año de casada nos la muestran muy joven, pero la ropa que lleva no permite aventurarse a dar su edad precisa.

Nuestra historia se inicia, así, con una ambigüedad que me ha resultado imposible aclarar.

Sí sabemos que Caridad era la más pequeña de seis hermanos y que tras su conversión al comunismo le gustaba presumir de haber nacido en Santiago de Cuba y del pasado antiesclavista de su abuelo materno, que, según escribe en su biografía, «en 1863 fue uno de los trece que liberaron a los esclavos. A causa de esto, fue fusilado por los españoles. Con los cinco hermanos de mi madre». Esta última, Natalia Hernández, que sospecho que ejerció una gran influencia sobre Caridad, era una firme partidaria de la independencia de la isla. Una vez casada, se aprovechó de su posición social y a espaldas de su marido ayudó cuanto pudo a los insurgentes. Lo menos que podemos decir de ella es que era, como su hija, una mujer que tomaba sus propias decisiones.

Ramón del Río y Pacheco, padre de Caridad, había nacido en San Miguel de Aras en 1848, en el seno de una familia de antigua nobleza venida muy a menos. Cuando Caridad conoció a sus familiares santanderinos, quizá en el entierro de su padre, se encontró con simples campesinos cuyo apellido no les ahorraba tener que trabajar la tierra. Pero algo debió de hallar fascinante en su vida rural, porque cuando rompió con su marido y huyó de Barcelona se fue a vivir a una granja, entre animales y, sobre todo, entre caballos.

Ramón del Río emigró a Cuba cuando sólo tenía trece años, acompañado por su hermano, que no era mucho mayor que él. Las cosas le fueron bien. Hizo dinero, conquistó una cierta posición social y llegó a ocupar puestos importantes en el Partido Liberal de Cuba (en su biografía, Caridad asegura que su padre y su tío lo «dirigían»), un partido autonomista que defendía la abolición de la esclavitud y la instauración de las libertades de imprenta, reunión, asociación, enseñanza y credo. Acabó haciendo carrera de diplomático. Se casó el 12 de junio de 1880 con Natalia Hernández del Castillo, un año menor que él y nacida en Santiago de Cuba. Estableció su domicilio familiar en el número 1 de la calle Mayor de Santiago. Cuando se descubrió la colaboración de su mujer con los independentistas cubanos, Ramón fue trasladado forzosamente a Tokio, de donde regresó en 1906 a España. Moriría en 1909 y fue enterrado en el pueblo cántabro de Voto, cerca de su lugar de nacimiento. Cuando ya se sintió muy enfermo, les preguntó a sus hijos si tenían intención de trabajar las tierras de su propiedad.

Así lo cuenta Caridad: «Nos llamó y nos dijo que si no queríamos vivir en el pueblo dejaría las tierras que tenía a los campesinos, pues había visto durante su vida demasiados abusos y no quería que nosotros utilizásemos un capital que explotase a los campesinos». Caridad insiste en la fecha de nacimiento al asegurar que al morir su padre ella tenía trece años.

Natalia se instaló en París cuando su marido fue enviado a Tokio. En esta ciudad, Caridad fue educada en una institución religiosa de renombre, Le Sacré-Coeur. Al morir su padre la enviaron a Madrid «para aprender español, pues no sabía apenas». Al año siguiente, 1910, la matricularon en Inglaterra, en Brighton, siempre en centros de la misma orden religiosa. La educación que recibió fue rigurosa e iba mucho más allá de la adquisición de las convenciones sociales adecuadas para una señorita de su estatus. Sabemos que, si bien practicaba deportes selectos, como la equitación, llegó a poseer una sólida formación matemática. Tuvo lo que se consideraba en su tiempo «una buena educación»; pero, para ser buena, la buena educación ocultaba a las jovencitas una parte sustancial del mundo real.

Mi trato con Luis Mercader no solamente está en el origen de este libro. También ha tenido importantes repercusiones en su desarrollo. Me permitió conocer, por ejemplo, a su hija, que se llama Caridad, como su abuela. Quedamos una tarde de marzo de 2013 en el Palau de la Música Catalana. Me encontré con una mujer que a pesar de haberse presentado voluntariamente a la cita, desde el primer momento me aseguró que no me contaría nada de su familia. Así que opté por contarle lo que yo sabía esperando encontrar en sus reacciones alguna confirmación o corrección de mis palabras, con poco éxito, la verdad sea dicha. Sin embargo, no tuvo inconveniente en dejarme varias fotos, magníficas, de su abuela y en darme el correo electrónico de una persona entrañable, Betty Minc, a quien le debo buena parte de lo que he acabado sabiendo sobre el perfil humano de Caridad. Se conocieron en 1950 y, por las razones que fueran, Caridad se encariñó con Betty, que entonces tenía doce años, y estableció con ella una relación afectiva muy fuerte. Ni Caridad le hacía confidencias biográficas comprometidas ni Betty tenía necesidad de ellas. Precisamente por eso los recuerdos que guarda Betty, y que tan generosamente ha ido reconstruyendo y poniendo a mi disposición, me han sido tan valiosos.